

tico de Occidente es la base del funcionamiento del sistema norteamericano, especialmente en su política hacia el exterior. Y, también, si los intentos de acercamiento de Roosevelt y Kennedy hacia Latinoamérica han correspondido a las necesidades concretas de los Estados Unidos en momentos en los que parecía peligrar la existencia del sistema, o si han sido el resultado de la buena fe de hombres portadores del ideal occidental-liberal.

En suma, es necesario que este tipo de análisis se haga a partir de la realidad, del estudio detenido de las estructuras que en todos los órdenes ha creado la relación con el exterior, del funcionamiento mismo de esta relación y de las conexiones que aquellas estructuras establecen entre sí en el interior de cada país. Sólo de esta manera se podrá llegar a una interpretación dinámica y correcta del desarrollo histórico del área que nos ocupa y de los planteamientos que se formulan al respecto los diversos sectores sociales que en él participan.

MARCO A. ALCÁZAR
de El Colegio de México

Dondon THIAM, *La politique étrangere des États africains*, Presses Universitaires de France, Paris, 1963. 168 pp.

Apoyado en una bibliografía necesariamente escasa y en una experiencia personal de primer orden, el Ministro de Asuntos Extranjeros de la República del Senegal ha hecho esta interesante contribución a la mejor comprensión de la vida política africana. En la Introducción de su obra, el autor deja sentado: primero, que la política internacional y la política interna no son sino los dos platillos de una misma balanza y que aquélla no puede explicarse sino en íntima relación con ésta; segundo, que para estudiar la política internacional de uno o varios países es necesario observar los factores que la determinan y orientan, pero sin olvidar que éstos factores pueden actuar simultáneamente y no siempre en el mismo sentido y que, por otra parte, la observación no sería exacta si se hiciera sólo en un momento dado, prescindiendo de su desarrollo histórico o de su perspectiva dinámica.

Sobre estas bases, el escritor africano descubre en la primera parte de su obra, que son el nacionalismo y el socialismo los factores que determinan la política internacional de todo el

continente y que constituyen sus fundamentos ideológicos. En ella analiza el micro y el macro-nacionalismo, las causas de la penetración del socialismo y los diferentes aspectos que éste ha adquirido. En la segunda parte, dedicada a los hechos de la política internacional, el autor se ocupa de las relaciones de los Estados africanos entre sí; de las relaciones de éstos con las potencias exteriores y de las perspectivas que ofrece esa política exterior.

El libro, estructurado muy metódicamente, pretende ser objetivo e imparcial; sin embargo, no tarda en alejarse de su propósito científico y de mostrar su verdadero sentido: justificar la política reformista del Grupo de Monrovia, que el autor llama realista y ponderada, y desvirtuar hasta donde sea posible, la política revolucionaria del Grupo de Casablanca, calificada de idealista e intransigente. Por instantes, el político africano cae en afirmaciones tan simples como ésta: sus colegas extremistas lo son, dice, para ocultar difíciles situaciones interiores, para compensar su inferioridad numérica o bien, para constituirse en líderes de Estados pilotos de franca tendencia imperialista. No es ningún secreto, pensamos nosotros, los esfuerzos que han desplegado los líderes del Grupo de Monrovia para ocultar sus dificultades y para constituirse en vencedores de esta carrera por el "leadership" africano sin que ello condicione las actitudes que se censuren en el otro grupo.

Cuando el autor senegalés se pregunta si es posible una política internacional independiente, su respuesta es vaga y contradictoria. Por un lado, hace el elogio de la cooperación internacional que entiende como concesiones recíprocas y limitaciones de la soberanía, y por el otro, afirma que el neutralismo que han adoptado los países africanos *debe* consistir en la salvaguarda de su independencia y en libertad de acción para los mismos. Por un lado elogia la caducidad de la Doctrina Monroe, que identifica ingenuamente con el aislacionismo y la no intervención norteamericana, y por el otro declara que lo esencial es no tomar partido sistemático por uno u otro de los bloques que se disputan la hegemonía del mundo.

El realismo y la ponderación que celebra el Ministro senegalés en el Grupo de Monrovia, se trasladan a esta línea política: apoyar la subversión únicamente en los países que dependen todavía de potencias europeas, pero no en los países que han obtenido ya su independencia; entender que los Estados Unidos pueden apoyar muy bien la descolonización y, al mismo tiempo, a sus aliados europeos todavía colonizadores, como lo

explicó el señor George W. Ball en 1962; respetar las fronteras de los nuevos Estados tal y como fueron delimitadas por los colonizadores, sin hacer valer consideraciones históricas, geográficas o étnicas; adherirse a la descolonización por etapas y a la descolonización pacífica; colocar los intereses estrictamente africanos por encima de los intereses que dice representar el grupo afro-asiático; combatir todo intento de Estado supranacional y sustituirlo por la cooperación entre los Estados.

El realismo y la ponderación del autor, además, terminan por desvanecer los fundamentos ideológicos y los factores determinantes de la política africana. En efecto, para el político senegalés, el panafricanismo y la unidad africana, bandera de todos los líderes africanos, tienen más de mito que de realidad; el neutralismo debe revisarse, puesto que la política consiste en tomar partido; el socialismo, ya sea el de Sekú Turé o el de Leopoldo Sedar Senghor, no hacen sino instalar la guerra fría en el continente africano y dividirlo peligrosamente, si bien es deseable que también se revisen para apegarse mejor a la realidad africana; el nacionalismo, a nivel estatal, regional o continental, debe tener en cuenta que nuestro siglo se caracteriza por un mayor acercamiento y colaboración internacional.

El libro concluye con la mención de la Carta de Addis Abeba y no está de más hacer notar que el autor presidió la comisión encargada de elaborarla, además de firmarla en nombre de su país. En ella se consagran dos tendencias de la política africana como hace resaltar el escritor senegalés: primero, la unión flexible que preserva la independencia y la soberanía de los Estados y segundo, la "africanidad", es decir, la exaltación de los valores propios que han de impedir la infiltración de ideologías y bloques extraños. En otras palabras, una balcanización a la manera de nuestra Organización de Estados Americanos y un nacionalismo lo suficientemente chocante como para divorciarlo resueltamente del espíritu de Bandung.

Después de todo esto, uno puede creer que la política africana carece totalmente de principios sólidos, o bien que la política del Grupo de Monrovia, abriéndose paso, no es sino un eficaz instrumento para combatir las sólidas aspiraciones africanas.

MANUEL MAS ARAUJO
de El Colegio de México